



**POR UN PARTIDO
POPULAR DE
CENTRO
REFORMISTA**

*Por
Ricardo Arias Calderón*

*SEGUNDA EDICION
Panamá, 2 de julio de 1999*



Instituto Panameño de Estudios Comunitarios

Altos del Chase, Calle 74, N° 24A

Apartado 6-1965, El Dorado

Tel. 260-6359 /6548 Fax 260-1831

e-mail: ipec@sinfo.net

POR UN PARTIDO POPULAR DE CENTRO REFORMISTA

Los resultados electorales son aleccionadores. Los dos primeros candidatos presidenciales recibieron juntos el 62% de los votos en 1994 y el 82% en 1999. Sin embargo los votos presidenciales del PRD y del P. Arnulfista juntos pasaron de 50.42% en 1994 a 60.34% en 1999. En otras palabras, aunque los dos principales candidatos presidenciales juntos recibieron 20% más de votos en 1999 que en 1994, los dos principales partidos juntos sólo recibieron 10% más de votos. El bipartidismo en sentido estricto aumentó la mitad solamente de lo que aumentó lo que pudiéramos llamar el “bipresidencialismo”.

Por otra parte, el 38% de votos que no favorecieron a los dos primeros candidatos en 1994 se fragmentó entre cinco otros candidatos, dos de los cuales recibieron 25% y 16% respectivamente, mientras que en 1999 el saldo de los votos se concentró en un candidato, Alberto Vallarino de la Alianza Acción Opositora, quien recibió el 17% de los votos. Cabe decir entonces que si bien el “bipresidencialismo” y en menor grado el bipartidismo aumentaron, la alternativa que se oponía esta tendencia se concentró en una persona (Alberto Vallarino) y un partido (el PDC) y en esta medida se destacó más en el '99 que en el '94.

Adicionalmente, se puede argumentar razonablemente que si Alberto Vallarino recibió 17 % de votos, este fue su voto duro. Pero por lo menos un 10% de votos adicionales simpatizaban con él, aún cuando votaron con Mireya o con Martín por evitar que ganara el candidato

del PRD o del P. Arnulfista. Esto quiere decir que Alberto Vallarino cuenta con un potencial de votos como punto de partida de alrededor del 27%. Es una base apreciable. Además, hay que destacar que los dos componentes del bipartidismo no tienen la misma consistencia. El Partido Arnulfista es el componente marcadamente más débil. En efecto, mientras el PRD absorbe el 83% del voto presidencial de su alianza, el P. Arnulfista sólo absorbe el 64% del voto presidencial de su alianza. Y mientras el voto legislativo del PRD es sólo 2% inferior a su voto presidencial, el voto legislativo del P. Arnulfista es 7% inferior a su voto presidencial.

En su “Opiniómetro” del sábado 29 de mayo **El Universal** informa que el 42% de los encuestados consideran que debe haber tres partidos y el 20% que debe haber cuatro, es decir que el 62% considera conveniente 3 o 4 partidos, mientras que sólo el 36% considera conveniente limitarse a dos partidos. Habría entonces una ventaja de dos a uno a favor de una alternativa partidista al bipartidismo. Este hecho nos confirma que estamos en una situación donde podemos luchar con perspectivas de ganar para evitar la consolidación del bipartidismo y elegir a un Presidente a partir de una tercera opción.

Pero evidentemente, esta tercera opción depende en gran parte de que quienes participamos en la Alianza Opción Opositora no sólo nos mantengamos juntos, sino que juntos forjemos un partido grande, fuerte y nuevo que pueda crecer y competir con el PRD y el P. Arnulfista. Sólo así atraeremos buenos candidatos a todos los puestos de elección (cuántos me han dicho que quieren ir a las próximas elecciones, pero por un partido grande para

estar en mejores condiciones de ganar). Sólo así nuestros candidatos a Legislador, Alcalde y Representante tendrán mejores chances de salir (perdimos varias oportunidades de ganar por presentar candidaturas plurales). Sólo así podremos atraer hacia nosotros a los partidos pequeños que han subsistido o que pudieran surgir para constituir una alianza ganadora en torno a un partido principal. Y sobre todo, sólo así venceremos el instinto de apostar a ganador que tanto daño nos hizo en las recientes elecciones, a pesar de que se reconocía que nuestro candidato era el mejor.

Nuestro discurso electoral contra el tradicionalismo y el continuismo, a favor de la innovación, se debilitaría si damos muestras de fraccionamiento político por egoísmos personales y de grupo y no vivimos lo innovador de la unidad en nuestras acciones políticas. Por lo contrario, si forjamos un nuevo partido que nos abarque a todos, seremos consecuentes con nuestra propuesta electoral, fortaleceremos la línea de oposición independiente que hemos escogido de cara a quienes controlaran el Ejecutivo y al mismo tiempo de cara a quienes probablemente controlaran el Legislativo y prepararemos en las mejores condiciones una nueva candidatura en el año 2004.

La eventualidad de esta unión se hace más factible por el hecho de que en nuestra alianza sólo el PDC subsistió, absorbiendo el 62% de los votos de la Alianza de Acción Opositora. Una clara mayoría de los votantes duros de la alternativa al bipartidismo escogió al PDC como vehículo de expresión. De allí que el PDC pueda y deba servir de punto de partida al nuevo partido, si decidimos conformarlo. Pero no cabe la menor duda que

para integrar personas y grupos tan diversos como los que participamos a favor de la candidatura de Alberto Vallarino y para superar las limitaciones que actualmente tiene el PDC en su imagen, si bien debemos partir del PDC y contar con su personería jurídica, con los recursos que recibirá en los próximos cinco años de parte del Tribunal Electoral y con su proyección internacional en ODCA y la IDC, tenemos que terminar por producir un nuevo partido que sea el fruto de nuestra interacción.

De allí que se plantee conformar, a partir del PDC y con el aporte de todos los que apoyamos el proyecto que encabezó Alberto Vallarino, un nuevo partido popular de centro reformista y socialcristiano.

Estamos proponiendo que el nuevo partido adopte formalmente una orientación ideológica socialcristiana. Pero para ello es bueno tomar conciencia de que el humanismo cristiano es exigente, pero es también incluyente e integrador en el respeto al pluralismo.

Consideremos el ejemplo de la Unión Demócrata Cristiana (CDU) de Alemania, el más importante partido socialcristiano del mundo, que ha hecho de Alemania una nación democrática, Europea y reunificada, a la vez que una potencia económica de primer orden en virtud de su economía social y ecológica de mercado. En febrero de 1994, la CDU aprobó la nueva formulación de sus principios y programa, bajo el título "Libertad basada en la Responsabilidad".

Desde el comienzo plantea: "Nuestra política se basa en la concepción cristiana del hombre y en su responsa-

bilidad ante Dios” (art.1). Y añade: “...de la fe cristiana no puede derivarse un programa político específico. Pero la concepción cristiana del hombre nos proporciona una base ética para una política responsable... no significa que pretendamos que solamente en el seno de la Unión Demócrata Cristiana se pueda implementar una política con responsabilidad cristiana. La CDU está abierta a todo aquél que ratifique la libertad y la dignidad de todos los hombres y las convicciones fundamentales de nuestra política que de aquí se derivan. Esta es la base para el accionar conjunto de cristianos y no cristianos en la CDU.”

La CDU alemana se identifica así con la ética del humanismo cristiano, mas de una manera amplia e incluyente, lejos de todo fundamentalismo. Por eso, después de mencionar el fracaso de la República de Weimar, los crímenes del nacionalsocialismo y las demandas de supremacía del comunismo a partir de 1945, resume los componentes iniciales del partido en estos términos: “Así surgió un nuevo partido popular, en el cual se congregaron cristianos, católicos y protestantes, conservadores, liberales, socialcristianos, mujeres y hombres de diferentes regiones, de todos los estratos sociales y tradiciones democráticas. De esta manera la CDU ha marcado un nuevo comienzo en la historia de los partidos políticos de Alemania. Sus raíces espirituales y políticas están arraigadas en la motivación cristiana de su resistencia al régimen de terror del nacionalsocialismo, en la ética social de las Iglesias cristianas y en la tradición liberal de la Ilustración europea” (art.3).

Su sentido integrador no es sólo un legado histórico,

sino un compromiso vigente en la actualidad: “La concepción cristiana del hombre es nuestro fundamento espiritual, dice, y el punto de partida histórico de nuestro partido. Forman parte de ello tanto las ideas sobre valores conservadores, como las convicciones socialcristianas y liberales. Deseamos continuar con esta tradición partidaria y mantener lo bueno comprobado y desarrollar lo nuevo. La CDU desea unir puntos de vista diferentes a través de valores y objetivos comunes. Las diferencias en las opiniones y los intereses deben ser resueltas en un clima de mutuo respeto y tolerancia” (art.6).

En su nueva formulación el principal Partido Demócrata Cristiano del mundo, al actualizarse después de la caída de muro de Berlín, refuerza su amplitud popular . Durante la Guerra Fría, la Democracia Cristiana, por la confrontación con el Comunismo, se hizo ideológicamente rígida y sectaria. Como le sucedió también a las otras corrientes democráticas, adoptó un formato ideológico y un modelo organizativo que era más bien propio del marxismo leninismo, a saber el formato englobante de una ideología que pretendía ser científicamente verdadera y única, y el modelo de un partido que aspiraba a ser dominante y a regirse por el llamado “centralismo democrático”.

Otras pruebas de flexibilidad y capacidad integradora también las han dado el Partido Popular de España, que abarca a conservadores, liberales y socialcristianos, el Partido Popular Europeo, que reúne en el Parlamento Europeo a los Partidos Demócratas Cristianos y a partidos convergentes, y la Organización Demócrata Cristiana de América (ODCA), de la que ya son titulares el PAN de

Méjico, el Conservador de Colombia y el Justicialista de la Argentina.

En la medida en que los demócratas cristianos nos hemos ido despojando del formato rígido de ideología cerrada sobre sí misma y del modelo de partido impositivo, hemos recuperado la tradición de los partidos “populares” que fueron el origen, entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial y aún antes de eso, de los Partidos Demócratas Cristianos, los cuales surgieron o adoptaron dicho nombre en el período después de la Segunda Guerra Mundial.

El modelo del partido “popular” en la perspectiva de Dom Luigi Sturzo quien fundó el Partido Popular Italiano, del que nació después de la Segunda Guerra Mundial la Democracia Cristiana de Italia, se caracterizaba por el acento en su carácter secular, no confesional, pero intensamente ético, como también por su orientación muy marcada hacia la gente, pero de manera a superar el individualismo, reconociendo el papel autónomo en la sociedad civil de las organizaciones intermedias. Este modelo popular corresponde mejor a una vocación incluyente que desde el centro busca integrar la diversidad de un pueblo en torno a temas y preocupaciones que lo unifican. Pero además como partido popular de centro que se propone responder al impulso de transformación que se da tanto al Este como al Oeste a raíz de la caída del Muro del Berlín y de la desintegración del mundo comunista, su vocación es la de un partido reformista y como tal puede expresar las exigencias de la cultura Samaritana que promueve el humanismo cristiano, para encarar dentro de las naciones y entre las naciones la

necesidad de solidaridad y corregir así las tendencias actuales de polarización socioeconómica que genera la globalización.

Ello nos puede servir de estímulo a los participantes en el proyecto alternativo que encabezó el Ing. Alberto Vallarino, de cara al continuismo del PRD y al tradicionalismo del Partido Arnulfista bajo su dirección actual. Ahora estamos considerando la posibilidad de que por la interacción de la mayoría de los integrantes en la Alianza de Acción Opositora conformemos un nuevo partido, que marque el comienzo de una nueva etapa en nuestra historia política. No se trata de que algunos se sumen a la identidad propia de otros. Se trata de forjar conjuntamente, a partir de las identidades convergentes de los participantes, una nueva identidad que encarne la orientación socialcristiana de una manera inédita en Panamá.

Me atrevería a pensar en una declaración de intenciones del nuevo partido (cuyo nombre definitivo no prejuzgo) que comenzara en los siguientes términos:

“Se establecerá el Partido Popular Panameño como un partido que integra a panameñistas, demócratas cristianos, liberales, civilistas, populares e independientes, sobre la base de una concepción cristiana de la persona humana y de los principios éticos que derivan de este humanismo integral. Esta visión y estos principios pueden abarcar y orientar lo mejor de las corrientes democráticas panameñas: el sentido de identidad nacional y el entusiasmo popular del Panameñismo, la militancia democrática y la convicción de justicia social de la

Democracia Cristiana, la exigencia de libertad y de igualdad de oportunidades del Liberalismo, el compromiso civilista y de derechos humanos de Renovación Civilista, la reivindicación de soberanía del Nacionalismo Popular, el propósito de descentralización estatal y de participación cívica que propuso el Papá Egoró como camino de reconciliación y consenso, la voluntad de humanizar la globalización por la salud de la democracia de quienes provenientes de otros partidos compartieron la lucha contra la reelección presidencial inmediata, y la capacidad crítica y creativa de quienes hasta ahora han actuado como independientes. Todos compartiremos el conjunto de estos valores, sobre la base de la dignidad de la persona humana, la preeminencia del bien común de la sociedad y la corresponsabilidad por el rumbo de nuestra historia como pueblo y nación.

El nuevo Partido Popular Panameño contará a su haber con la personería nacional y la proyección internacional del PDC. Asumirá plenamente la democracia que alcanzamos al superar la dictadura y la plena panameñización del Canal que logramos al superar el enclave colonial. Se esforzará, desde una posición de centro reformista, por reintegrar la unidad del pueblo panameño, por encima de las divisiones que marcaron el primer siglo de nuestra historia republicana. Ofrecerá una nueva alternativa al comienzo de nuestro segundo siglo. Su propósito será perfeccionar una democracia consolidada e incluyente, con un desarrollo humano sostenible y creciente, dentro de un Estado nacional que se haga valer responsablemente, en una América Latina integrada de cara a las nuevas realidades del mundo. Y se propondrá contribuir a una cultura del respeto a la naturaleza y de la

fraternidad humana, abierta a la transcendencia, tal que la comprenden las diversas creencias religiosas que profesamos los panameños y panameñas.”

Tras una declaración como ésta, que expresaría el alma del nuevo partido, tendríamos que especificar nuestros planteamientos políticos y socioeconómicos en la línea de un humanismo cristiano, panameño y actualizado.

¿Será esto soñar o será realizar un sueño por amor a Panamá?



ENTRE IDEOLOGÍAS¹

Las ideologías siguen vivas. Pero están obligadas renovarse en su formato y en su contenido. Mientras el Estado se imponía, las ideologías pretendían a la verdad científica y eran englobantes, ensimismadas, deductivas, cada una buscando eliminar a las otras como erróneas. Ahora que la sociedad civil pluralista se afirma, el formato de las ideologías debe ser diferente. Deben presentarse como opciones valorativas y ser nucleares, comunicantes, inductivas, cada una buscando competir y cooperar con las otras que representan opciones diversas.

Los rasgos compartidos entre las ideologías son tan importantes como sus rasgos deslindantes. El socialcristianismo es una de las grandes ideologías del mundo moderno. Se distingue del liberalismo y del socialismo marxista, pero tiene deudas con estas dos otras ideologías.

Del liberalismo todos somos dependientes en el mundo moderno, pues presidió a su desarrollo inicial. La reivindicación de libertades civiles frente al despotismo fue producto del liberalismo y tuvo dos expresiones fundamentales. Por una parte, los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que consagró la Revolución Francesa, fueron expresión del liberalismo libertario. Por otra parte, la forma republicana del Estado, con equilibrio de Poderes, por contraste con la forma monárquica y absolutista, fue expresión del constitucionalismo liberal. Implicada en ambas, se dio una concepción contractual de la sociedad política, a base de la teoría del Contrato

Social, y se formuló el concepto del Estado de derecho y el de la igualdad de los ciudadanos ante la Ley. El liberalismo forjó así la democracia representativa moderna y el sistema de partidos políticos como su instrumento.

A través de estas conquistas, se fue configurando una cultura pluralista que exigió como requisito la tolerancia civil. Dió amplio margen para la criticidad social, la cual contribuyó a la creatividad en los diversos campos del conocimiento y de la organización humanas. Además, cabe destacar como producto del liberalismo, condicionado por sus otras características, la configuración progresiva del mercado como instrumento de asignación de recursos y de precios, con todo lo que ello significó para el incremento extraordinario de la producción y del consumo.

No se puede negar el aporte del liberalismo a la modernidad. Todos en el mundo moderno somos por una parte de nosotros mismos liberales. Pero el liberalismo desató una dinámica individualista exacerbada, instaló el interés propio en el centro de la vida social, deshizo los nexos comunitarios más vitales, y generó una competencia desenfadada en la cual los ricos y poderosos no encontraron contrapeso a su avaricia a costa de la más elemental solidaridad humana. Convirtió a los seres humanos con frecuencia en lobos los unos hacia los otros. La fiera natural que el establecimiento de la sociedad política debía suplantar, reapareció dentro de la sociedad política y la hizo invivible para muchos.

La reacción suscitó el socialismo, primero en su etapa utópica y luego en la marxista. También del socialismo

somos dependientes en el mundo moderno. Dicha ideología nos enseñó el condicionamiento económico de la política y la cultura, señalando los vínculos humanos específicos que en ciertas circunstancias históricas son de clase. Promovió la conciencia de la importancia del trabajo humano y de la madurez histórica a la que accedió el movimiento organizado de los trabajadores a partir sobre todo de la primera revolución industrial. Planteó la justicia social como exigencia impostergable, cuya ausencia genera los conflictos que son parte de la vida social y de la historia. Ayudó a desenmascarar la falsa conciencia con la que la mentalidad burguesa encubría sus fallas y a liberar una auténtica conciencia moral y religiosa de las perversiones que la desfiguraban. Hizo comprender que no era posible un mundo de convivencia dentro de las fronteras nacionales, mientras perduraba un mundo de poderío salvaje y de imperialismos entre las naciones, apuntando hacia un internacionalismo humanizador. En el plano de la cultura enfatizó el valor de la praxis, dándole al humanismo un sentido agudo de la auto-construcción del hombre y de la responsabilidad humana por el curso de la historia. El socialismo marxista influyó en favor de un Estado social de bienestar.

El mundo moderno no sería el mismo sin el socialismo marxista. Todos los que vivimos en él estamos influidos en alguna medida por el mismo. Pero donde predominó forjó Estados totalitarios, que denegaron los derechos humanos y la democracia real, economías administradas centralmente, que resultaron gravemente ineficientes e incapaces de responder a las aspiraciones de sus poblaciones, y culturas ideológicamente homogeneizadas y antireligiosas, que paralizaban la creatividad humana y reprimían el sentido humano de transcendencia. Esta

utopía, que motivó a miles de revolucionarios, avasalló a millones de seres humanos en Europa, Asia, Africa y América Latina y probablemente consumió las vidas de más de 60 millones de personas a través del mundo en este siglo. Se reveló como uno de los experimentos sociales más costosos de la historia humana. Por eso fracasó.

El socialcristianismo surge como un esfuerzo de síntesis de los valores centrales de las ideologías anteriores, la libertad y la justicia social. Bajo la inspiración de Quadragesimo anno de Pío XI se planteó la búsqueda de una tercera vía entre el capitalismo liberal y el socialismo marxista. Ahora bajo la inspiración de Centesimus annus de Juan Pablo II propone más bien una variante distinta del modelo vigente de una sociedad con democracia en lo político, economía de mercado en lo económico, pluralismo en lo cultural y globalización en lo internacional.

¿Cuáles son sus rasgos distintivos? Los siguientes: la vigencia indispensable de la ética en la vida social, económica y política, en términos personalistas y comunitarios; la importancia de los derechos humanos como fundamento de la vida en comunidad, con exigente atención a la igualdad de derechos humanos entre mujeres y hombres y entre pobres y ricos; la primacía de la sociedad civil, sobre la base de la pluralidad de sociedades intermedias, en especial de la familia, como subjetividad de la sociedad que requiere un esfuerzo de promoción popular; la función rectora del Estado en la consecución del bien común y la autoridad del Gobierno legítimo para conducir hacia dicho bien, de acuerdo con las normas fundamentales de la subsidiariedad y la solidaridad; la

validez universal de la democracia dentro de un Estado de derecho y la necesidad de la democratización concebida como el establecimiento de la democracia donde no existe, su consolidación donde ya existe y su perfeccionamiento donde ya está consolidada, tendiente a una democracia participativa; una economía social y ecológica de mercado, comprometida con políticas de productividad y equidad conducentes al desarrollo humano sustentable; la integración internacional por regiones en el respeto a las identidades culturales y un nuevo orden internacional pacífico, a través de organizaciones multilaterales, de la progresiva eliminación de armas y pruebas nucleares y del libre comercio en el contexto de la justicia social internacional; la dimensión religiosa del hombre en la libertad de conciencia, como núcleo central de una civilización de la fraternidad humana, que sea fruto de un diálogo intercultural.

El valor central del socialcristianismo como ideología es la fraternidad. Su gran reto es motivar efectivamente una acción transformadora de la modernidad en el sentido de este valor, no como adláteres o sucedáneo de otra ideología y otro valor.

¹*Publicado en el Panamá América, 26 de julio de 1998.*



*Publicado por el Instituto Panameño de Estudios Comunitarios
(IPEC)*

Segunda Edición - 2 de julio de 1999



Instituto Panameño de Estudios Comunitarios
Altos del Chase, Calle 74, N° 24A
Apartado 6-9566, El Dorado
Tel. 260-6359 /6548 Fax 260-1831
e-mail: ipec@sinfo.net

PALABRAS DEL ING. ALBERTO
VALLARINO, CANDIDATO A LA
PRESIDENCIA DE LA ALIANZA DE ACCIÓN
OPOSITORA

“Siento la obligación impostergable de servir a mi Patria...Poner a disposición del país la acumulación de mi experiencia...Porque quiero devolverle a los panameños la fe, la confianza y la esperanza en un futuro mejor...Quiero volver a poner al Gobierno al servicio de la gente.

Yo no escogí mis orígenes, pero sí he escogido el camino que he decidido recorrer en esta vida...Porque recibí desde muy joven una educación cristiana, siento un gran compromiso de amor con mi prójimo...Siento la necesidad de devolver a los panameños el cariño que me han demostrado y devolverle al país las grandes oportunidades que me ha brindado.

Ese impacto de la doctrina social de mi Iglesia me ha hecho encontrar a quien quiero servir y ese es el pueblo panameño... He encontrado una misión: la de humanizar al Gobierno para humanizar a la sociedad, la de gobernar la globalización con equidad para evitar que la globalización nos maneje con injusticia, la de defender a los pobres del neoliberalismo, luchar por eliminar la pobreza e ir cerrando la brecha entre ricos y pobres...”



Transcripción de partes de discurso del Ing. Alberto Vallarino, en el cierre de campaña de la Alianza de Acción Opositora, el jueves 29 de abril de 1999